



## Capítulo 204 - Santa Iglesia con pocas ropas.

Mientras Roxanne y Vergil caminaban por la acera iluminada de Nueva York, la fresca brisa del atardecer les acariciaba suavemente el rostro. Habían dejado atrás la barra de chocolate Dylan's, pero la dulce sensación de la tarde aún flotaba en el aire.

Roxanne, todavía con su bolsa de dulces en la mano, caminaba junto a Vergil, pero su expresión juguetona se había transformado en una contemplativa. Lo miró, intentando ocultar la sensación de alivio que sentía en el pecho, pero por mucho que lo intentara, no podía ocultar la suave sonrisa que se dibujaba cada vez que él la miraba.

'Ha cambiado mucho...' murmuró, recordando cuando lo conoció... La habían secuestrado... bueno, se había dejado secuestrar.

—Vergil... —empezó Roxanne, con la voz ahora más tranquila—. ¿Te has parado a pensar en cómo han cambiado las cosas? Hace un año, éramos... tan diferentes, ¿verdad? Lo miró con una mezcla de curiosidad y algo más, algo que empezaba a comprender.

Vergil, siempre imperturbable, volvió la mirada hacia ella, pero esta vez, había un brillo diferente en ellos, algo que se mezclaba con la serenidad que siempre irradiaba. «Han cambiado, sí. Pero para mejor, en mi opinión», respondió, con una ligera curva en los labios.

Roxanne rió suavemente, pero pronto su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una mirada de introspección. "Yo... no sabía que me acabarías gustando tanto. Es decir, al principio, pensé que era solo por el contrato de ama-sirviente... Siempre has sido tan... distante, a veces parecía que te gustaban





más Ada o Katharina... Pero ahora..." Hizo una pausa, mirando las bolsas de dulces en sus manos como si buscara las palabras adecuadas para expresar lo que sentía.

—¿Ahora? —preguntó Vergil suavemente, con una voz más cálida, pero aún con ese toque de distancia controlada con el que ella ya estaba familiarizada.

Ahora veo... que es más que eso. Más de lo que ponía el contrato. Creo que todo fue culpa de Katharina, por obligarme a.... bueno, estar contigo, pero al mismo tiempo, tenía razón. —Roxanne hizo una pausa y respiró hondo—. Me di cuenta de eso cuando te fuiste. Te extrañé. Quizás más de lo que debería.

Vergil la miró pensativo. No dijo nada por un momento, dejando que sus palabras se asentaran entre ellos. Roxanne nunca había sido tan abierta con sus sentimientos, y él lo asimilaba todo con una paciencia que ella empezaba a admirar más de lo que imaginaba.

—Yo también te extrañé —dijo finalmente, en voz baja y sincera—. Pero nunca me arrepiento de lo que decidimos, Roxanne. El contrato, las circunstancias... Todo nos trajo aquí, y no cambiaría nada.

Roxanne lo miró, y su mirada se suavizó al acercarse un poco más. "Lo sé... pero tú... ya me lo habías dicho antes, pero ahora es diferente. Me gustas mucho, Vergil. Quizás incluso más que los dulces."

¡Vamos, vamos, vamos! ¡Alice tiene que tener razón! La mente de Roxanne ya estaba corrompida por las dulces palabras de la pequeña bruja demonio...

Vergil la observó en silencio un momento, absorbiendo la sinceridad de su mirada. No habló de inmediato, pero lo que ella sintió a continuación fue algo que nunca antes había experimentado con él: una dulzura en su presencia,





como si realmente estuviera pensando en sus palabras y en lo que significaban para ambos.

—A mí también me gustas, Roxanne —dijo finalmente, con una calma y sinceridad que casi parecía un susurro—. Y eso... quizá sea más dulce que cualquier postre.

Roxanne sonrió, sintiendo una ola de emoción llenar su pecho, pero algo más surgió en su corazón: una sensación de paz, de que las cosas finalmente estaban en el lugar que debían estar, ya no gobernadas solo por el contrato o las circunstancias, sino por algo real, algo más profundo.

—Bueno, ahora qué tal si vamos a un motel, ¿me vas a follar...? —Roxanne no tuvo tiempo de terminar cuando la mano de Vergil la interrumpió; una expresión de tensión se dibujó en sus ojos. Apretó el puño; la serenidad habitual dio paso a una ligera inquietud.

"Vete", dijo en voz baja pero firme; su tono tenía una autoridad que sólo quienes lo conocían bien podían reconocer.

Roxanne, sorprendida por el repentino cambio de actitud, frunció el ceño. "Vergil, ¿qué pasa?"

Antes de que pudiera responder, las dos presencias que había sentido antes se volvieron aún más tangibles, como si el espacio a su alrededor se hubiera distorsionado, la atmósfera se hubiera cargado con una energía que no pertenecía a ese lugar.

"Los mataré a los dos si no se van ya", añadió, con la tensión en aumento, pero su expresión permaneció fría. No bromeaba. Y Roxanne lo sintió al instante.





Con un movimiento suave, las dos figuras se materializaron ante ellos, emergiendo de la invisibilidad como sombras que se vuelven sólidas.

Las dos mujeres aparecieron de las sombras con una presencia que irradiaba poder y sensualidad.

La primera, con cabello dorado como rayos de sol, vestía un traje de cuero negro que se ceñía a cada curva de su cuerpo perfecto, adornado con detalles dorados que acentuaban su autoridad. Una capa blanca caía con gracia sobre sus hombros, contrastando con la audacia de su figura, mientras que sus ojos irradiaban un aura divina e imponente.

A su lado, la segunda mujer tenía el pelo corto y azul, un intenso contraste con su apariencia salvaje. Vestía una blusa de cuero que dejaba al descubierto su tonificado abdomen, pantalones ajustados que se amoldaban a sus largas piernas y una capa blanca que danzaba alrededor de su cuerpo. Su postura irradiaba peligro puro, un equilibrio de libertad y fuerza, y cada movimiento desprendía una sensualidad mortal. Ambas eran criaturas de deseo y poder, dejando claro que su encanto era tan letal como seductor.



—Bueno... la Santa Iglesia está invirtiendo mucho en mujeres con atuendos diminutos, ¿eh? —comentó Vergil con una sonrisa sarcástica, mientras observaba a las dos imponentes figuras con desdén y diversión.

La mujer de cabello azul, de mirada penetrante, no apartó la vista de Vergil. «Eres el Rey Demonio, Lucifer», dijo con una voz cargada de autoridad inquebrantable, pero con una curiosidad latente.

Vergil soltó una risita burlona, relajando los hombros como si estuviera completamente aburrido. "Ah, sí, soy ese tipo. Pero ahora mismo estoy en modo civil, ¿sabes? Si quieres hablar, puedes programar una cita con mi secretaria. No me molestes mientras intento disfrutar de la noche con mi



esposa", respondió con un tono irónico que dejaba claro que la situación le importaba un bledo.

La mujer rubia lo miró y puso los ojos en blanco. "¡Entrégame el Fragmento de Ex-calibur que tienes!", dijo, sacando una enorme espada y apuntándola al rostro de Vergil...

"Hombre... justo ahora, justo cuando mi esposa quería que apagara su fuego...", dijo Vergil antes de que un aura demoníaca masiva descendiera sobre la zona... Después de todo, los habían sellado a él y a Roxanne en una dimensión de batalla...

"¿Estás seguro de que quieres extorsionarme?" preguntó Vergil, sonriendo de oreja a oreja.

